

XIX

Era una lúgubre noche de invierno, como un año y medio después de los sucesos que quedan referidos.

En una casa de huéspedes de modesta apariencia, se hallaban hospedados tres misioneros que acababan de llegar de Roma de paso para América.

En otra casa había otros tres, pues eran seis los que debían marchar juntos á Cádiz para tomar allí un buque que se iba á dar á la vela.

Los tres de que primero se ha hecho mención se hallaban haciendo una humilde colación junto á una mesa, bajo la cual había un consolador brasero; el ama de la casa les servía con deferencia y respeto.

Llevaban hábitos negros de sayal, una cruz blanca en el pecho, sandalias y medias gruesas de lana blanca.

Uno era ya bastante anciano; los otros dos estaban cercanos á la vejez.

Sus largas barbas blancas caían sobre su pecho; sus cabezas rasuradas mostraban un cerquillo asimismo de cabellos canos.

En la fisonomía de aquellos valerosos soldados de Cristo había una extrema dulzura, unida á una perfecta dignidad.

Habían ya predicado los tres en Santo Tomás y en San Isidro, edificando á los oyentes con la santidad de sus doctrinas y hechizándoles con la persuasión y suavidad de su lenguaje.

Uno de ellos, sin embargo, tenía mejor fama: era uno de los dos más jóvenes, aunque aparentaba unos cincuenta años.

Se llamaba el padre Juan.

Su elocuencia persuasiva y encantadora parecía el don de los ángeles, y no había pecador endurecido que, al oírle, no sintiese su corazón deshecho en arrepentimiento.

—Padres, me voy con la pena de que han cenado ustedes muy poco y mal—dijo la huéspeda.—¡Dios mío, sólo lentejas y ensalada! ¡Y á la edad de ustedes... y con las fatigas que van á sufrir!

Los religiosos se sonrieron.

—Voy á traerles, á lo menos, un poco de vino generoso,—dijo la huéspeda.

—¡Vaya por el vino generoso!—contestó el más anciano.—Algo hemos de hacer para contentar á la buena señora Josefa: beberemos un poco á la salud de usted y de su excelente esposo.

La huéspeda salió.

Ya empezaba á subir la escalera que conducía á la cocina y á la despensa, cuando sonó el aldabón de la puerta.

—¿Quién es?—preguntó deteniéndose.

Su marido, que se hallaba en el piso bajo, abrió, y un hombre, calado de agua, pues llovía furiosamente, entró en el portal.

—¿Hay aquí unos misioneros que han llegado de Roma?—preguntó.

—Sí, por cierto,—respondió el huésped.

—¿Los que han predicado la Cuaresma?

—Los mismos.

—¿Está aquí el padre Juan?

—Sí, señor.

—Pues tiene que venirse conmigo, porque le llama el bandido que han traído de la serranía de Ronda y que tenemos en capilla.

—¿El terrible *brazo de hierro*?

—El mismo; pero, por Dios, vamos á avisar al padre. Soy un empleado de la cárcel: mire usted la orden del alcaide. Ahí abajo quedan cuatro soldados y un cabo para su resguardo. ¡Pronto, pronto, que el infeliz condenado ha tomado un veneno, está espirando y le llama!

El huésped y el enviado de la cárcel llegaron á donde se hallaban los religiosos y expusieron la petición.

—Vamos ahora mismo—dijo el padre Juan.— Hermanos, rezad por el pobre sentenciado.

Los otros dos misioneros se pusieron de rodillas y empezaron á orar.

A la puerta había un coche: el padre Juan subió á él para llegar más presto; el mensajero se

colocó á su lado, y el carruaje se puso en movimiento, escoltado por los soldados.

Llegaron á la cárcel. Todas las puertas se abrieron ante la orden del alcaide, que llevaba el padre Juan, y éste entró en la capilla.

Sentado en uno de los sillones forrados de vaqueta verde, que la adornaban, había un hombre que, á primera vista, más parecía un cadáver.

Era de elevada estatura y formas robustas; su barba y cabellera, completamente negras, hacían resaltar la lividez de su semblante; estaba cargado de hierro con grillos y esposas.

Con la cabeza echada hacia atrás, los ojos pesadamente cerrados y la respiración angustiada, parecía agobiado de una fatiga mortal.

Su traje era á la vez ordinario, extraño y pintoresco: se componía de unos anchos calzones de paño verde como los de los maragatos, sujetos á la rodilla por medio de unas grandes botas barnizadas, y de un redingote muy ancho del mismo color de los calzones.

Era un temible bandido apresado hacía pocos días en la serranía de Ronda y conducido á Madrid, donde debía sufrir la última pena por muchos robos en despoblado, acompañados de asesinatos, cometidos en el espacio de algunos años.

A la derecha del reo y en un pequeño recodo que formaba la capilla, había colocada una banqueta donde estaban sentados los hermanos de la Paz y Caridad.

Aquellos hombres benéficos no hallaban, sin embargo, un solo instante de reposo: se levantaban, se aproximaban al reo, y uno de ellos le enjugaba el sudor frío que corría por su frente, en tanto que otro humedecía sus labios secos y cárdenos con una esponjita muy fina y empapada en un calmante.

Los demás veían hacer á sus compañeros, mirándose con una ansiedad profunda.

En uno de estos instantes se oyeron los pasos del religioso y de sus acompañantes.

—¡Valor, hijo mío!—dijo uno de los hermanos que sostenía la cabeza del bandido.—Aquí está ya el padre Juan.

E hizo una seña al religioso, retirándose al lugar más lejano de la estancia.

El padre Juan se aproximó; se inclinó hacia el reo, y le dijo á media voz con acento dulce y lleno de suavidad:

—¡Aquí estoy, hijo mío! Valor, que Dios es todo misericordia y amor.

Al oír tan consoladora voz, abrió el reo sus grandes ojos negros y los fijó en el rostro del que le hablaba; se incorporó con un supremo y doloroso esfuerzo; con sus manos sujetas por las esposas, entreabrió el hábito de sayal del religioso, y á través de la camisa de lana que éste vestía, buscó con ansiedad algo en su pecho.

Su vista tropezó con un lunar grande que se extendía sobre su corazón.

Al verlo, llevó el bandido las manos encadenadas hacia su frente, como si hubiera deseado ocultarse el semblante, y exclamó:

—¡Padre!

—¡Hijo! ¡hijo mío! ¡Antonio, te hallo aquí! ¡Y en qué estado! ¡Ah, justicia de Dios!

Y el misionero cayó sin color, sin voz y sin sentido á los pies del sillón en que yacía el reo, chocando su calva frente con los hierros que sujetaban los pies de su hijo.

Los hermanos de la Paz y Caridad, que, al ver los esfuerzos con que el reo procuraba ver el pecho del religioso, habían acudido, levantaron del suelo al padre Juan, que en breve abrió los ojos y los volvió con ansia hacia su hijo.

Los hermanos salieron de la estancia y se retiraron á la inmediata para dejarlos solos.

—¡Cuánto te he buscado!—exclamó el religioso;—¡cuánto te he buscado, hijo mío!

—Padre—repuso Antonio, cuyas fuerzas había agotado la conmoción terrible que había sufrido, —acordándome de que era nacido de sangre honrada, no he querido acabar mis días en el cadalso: ¡Perdóneme usted como padre temporal y como ministro de Dios!

—¡Perdóname tú á mí, hijo mío! ¡perdóname por haber sido causa de tu ruina!—exclamó sollozando el infeliz padre.—Yo, en vez de darte buen ejemplo, te arrojé de mi lado, y tú huíste de mí.

—¡Dios le perdone á usted como le perdono

yo!—murmuró el reo.—¡Dios nos perdone á los dos! ¡Y ahora... su bendición... su bendición... porque me muerol...

El misionero se levantó: toda emoción había desaparecido de su semblante, dando lugar á la expresión de una calma tranquila.

—¿Sabías quién era yo al reclamar mi auxilio, pobre pecador?—preguntó á Antonio.

—No, padre mío—respondió éste:—le llamé á usted porque había llegado hasta mí la fama de su elocuencia cristiana.

—¡Para tí sólo soy desde ahora el sacerdote que consuela tu alma en el umbral de la eternidad! ¡Arrepiéntete y espera en Dios! ¡Tu padre te lo ha perdonado: que un arrepentimiento sincero haga que igualmente te perdone el Señor de todo lo creado!

—¡Yo creo en Dios!... ¡le amo... y espero en Él!...—murmuró el reo con voz apagada.

—¡Yo te absuelvo en su nombre!—dijo el sacerdote haciendo sobre su frente la señal de la cruz.

Los hermanos de la Paz y Caridad presentaron al misionero la santa Unción preparada sobre el altar.

Apenas tuvo el reo fuerza para recibirla: abrió sus ojos, los fijó en su padre de una manera suprema, y espiró.

La primera luz entraba por las ventanas de la capilla.

Al levantar el cadáver, cayó de entre sus vestidos un pomito de oro guarnecido de piedras preciosas y de gran tamaño.

Era el que contenía el veneno que había dado la muerte al desgraciado Antonio, víctima del mal ejemplo y de la ociosidad, que casi siempre conducen al crimen.

¡Oh, santa ley del trabajo!

¡Yugo de flores que conduces á las regiones de la paz, de la prosperidad, del bienestar y de la dicha!

¡Bendito seas!

¡Tú eres el mayor de los beneficios que debemos á la bondad de Dios!

XX

Diez años después, el que hubiera pasado, al caer una hermosa tarde de Junio, por delante de la iglesia del pueblecito de Cabañas, se hubiera detenido ante una deliciosa escena.

Al lado del templo, y á la puerta de una casita entoldada de parras, se hallaban sentados el señor cura, su anciana ama la señora Andrea, Teresa y su marido.

Dos niños, de ocho y nueve años, jugaban sobre la hierba á poca distancia de ellos.

Teresa estaba aún joven y bella, á pesar de la imperfección de su espalda.

Su marido estaba ciego; pero si se veía en su semblante alguna melancolía, en cambio se veía también en él la más completa tranquilidad y una expresión marcada de envidiable bienestar.

Al lado de Teresa, y sobre una mesa cubierta con un paño muy blanco y fino, había una hermosa y variada colección de flores: era el puesto donde las vendía, y donde acudían á comprarlas de todos los pueblos del contorno.

—Buena venta ha habido hoy, ¿verdad, hija mía?—preguntó el señor cura.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

—Cinco duros ha valido, señor vicario,—respondió Teresa.

—Pero, mujer, ¿por qué trabajas tanto?—interrogó el ciego.

—Para cuando seamos viejos, Tiburcio—contestó su mujer,—y para dar á cada uno de nuestros hijos un oficio que les produzca con qué atender á su subsistencia.

—¿No los tienes ya el uno con el carpintero y el otro con el tejedor?

—Sí; pero algo necesitan para poner cada uno su tienda.

—¡Y no poder hacer yo nada para ayudarte!—suspiró Tiburcio.

—Ya haces mucho.

—¿Qué hago yo? Servirte de una carga.

—¡Amarme! Lo que nadie más que tú ha hecho en el mundo. ¡Alentarme... consolarme! ¡Ser mi constante compañía! ¿Te parece poco? Tiburcio, á tu lado, al de nuestros hijos, al del señor cura, al de tu madre y junto á las cenizas de la mía y de mi padre, que, aunque muerto muy lejos, mandó que sus restos fuesen trasladados á este pueblo, sólo tengo una pena.

—¿Cuál?

—La de ignorar la suerte de mi hermana. Ya sabes que escribí á mi maestra, pidiéndole informes de ella, hace ya dos años, y que me respondió que se hallaba separada de su marido. ¿Qué será de Lucía? ¿Dónde estará?

En aquel instante, una mujer, vieja y cubierta de harapos, apareció al fin de la senda que moría junto á la iglesia, y se acercó á la familia.

Teresa la miró, y sintió que su corazón palpataba aceleradamente.

Creía haber reconocido á la pobre mujer: se levantó y salió á su encuentro.

La que llegaba apresuró el paso tanto como sus escasas fuerzas se lo permitían.

Cuando se vieron de cerca, ambas arrojaron un grito y se abrazaron:

—¡Lucía!

—¡Teresa!

—¡Ahora mismo te estaba nombrando y Dios te envía á mí!—exclamó la hermana menor;— ¡pero en qué estado!

—¡Vengo, mendigando, á pedirte un asilo—repuso llorando Lucía.—Despreciada de mi marido, he recorrido una corta, pero borrascosa senda; la ley le ha separado de mí: estoy enferma, tengo algunos años más que tú y veo de cerca á la vejez que me asusta. ¡Ah, Teresa! ¡Qué triste fin el de todos nosotros! ¡Tú sola, rama joven y sana de un tronco envenenado, alzas tu copa llena de savia y de flores! ¡No, Dios no es injusto, y su eterna sabiduría premia y castiga aun en este mundo!

—Ven á mi casa, á mi mesa, á mi hogar—dijo Teresa tomando la mano de su hermana.—Tienes razón: yo soy la única feliz de nuestra desgraciada familia, porque he podido hacer algo por

todos aquellos á quienes amaba. Me ha sido dado endulzar y consolar algunos días de la vida de mi madre; acompañé á mi padre hasta que halló el camino de la paz; he sido el apoyo, compañía y consuelo del hombre que me amó, y puedo tenerte una mano protectora y calmar tus pesares. Sólo por nuestro pobre hermano no pude hacer nada, y cada día rezo una hora por el descanso de su alma.

—¡Cielos! ¿tu marido está ciego?—exclamó Lucía.

—¡Ciego, sí! Ya hace once años.

—¡Cuál es, pues, tu misión en la tierra, pobre hermana mía?

—La que le toca casi siempre á la mujer: la de sufrir, amar y perdonar.

—¡Dios mío! ¿No tiene otra en el mundo?

—Casi nunca, hermana mía—respondió Teresa;—pero debe aceptarla y no vivir sólo para el placer y corriendo tras él; lllore si Dios la destina para eso, que de sus lágrimas nace muchas veces el árbol frondoso de la felicidad.

FIN

INDICE

	Páginas.
I.	I
II.	11
III.	27
IV.	35
V.	61
VI.	69
VII.	79
VIII.	85
IX.	95
X.	101
XI.	109
XII.	117
XIII.	129
XIV.	145
XV.	149
XVI.	157
XVII.	163
XVIII.	167
XIX.	175
XX.	183

